

Pero si sus dotes de escritora brillaron en grado eminente, mereciendo la devoción del público y el fallo laudatorio de la crítica, sus virtudes de mujer cristiana aun hacen más digna de aplauso su memoria. Fué Isabel Cheix de condición dulce, piadosa y caritativa; supo llevar con honor los pesares, nada livianos, de su vida infeliz, y murió santamente, coronando con una muerte preciosa una existencia amargada por la adversidad. Tras de sí dejó el suave aroma de los frutos saludables, no el perfume enervador de las exóticas flores.

Yo os ruego jamables niños que leéis las NARRACIONES... dignos maestros que las comentáis!... que al gustar las bellezas de estas cortas páginas donde se refleja la hermosura del alma de Isabel Cheix, dediqueis un recuerdo cariñoso á la autora, que acaso las escribió con lágrimas en los ojos y con profunda pena en el corazón.

El mundo fué injusto con ella. Reparad vosotros esta injusticia con una oración y un piadoso recuerdo.

ALVARO LÓPEZ NÚÑEZ.

Madrid, 1909.



El Huerfanito.

El 24 de Diciembre de 1860 sucedió lo que vamos á referir.

La nieve caía en gruesos copos hacía dos días, cubriendo los tejados y el suelo con un tapiz de inmaculada blancura. Era más de la oración, y los sacristanes y monaguillos de la Catedral de Burgos, concluían los preparativos para la Misa del Gallo. La anchurosa basilica hallábase casi desierta, aunque parecía vagar todavía en sus elevadas bóvedas, el aroma del incienso quemado en las solemnes vísperas. Algunas personas rezaban arrodilladas ante las capillas laterales, y las lámparas recién encendidas, semejaban pupilas ardientes velando la casa de Dios.

Reinaba un silencio profundo, que convi-

daba á piadosas meditaciones; de vez en cuando el discreto paso de algún empleado del templo, el vibrar de una cuerda en el órgano, ó el suave murmullo de una plegaria, interrumpían breves momentos la religiosa quietud. Contemplada la Catedral á la tenue claridad que las luces producían, hubiérase dicho que un hálito de vida hacía mover las flores y follajes de las cornisas y capiteles, y alentar á las imágenes en sus doradas hornacinas. El magnífico cimborrio envuelto en sombras, adquiriría fantásticas proporciones, así como los arcos y ojivas, casi perdidos en la semiobscuridad que reinaba. En un templo solitario se eleva más el espíritu que en uno poblado de gente, y suele experimentar el alma el piadoso deseo que hizo exclamar á los Apóstoles en la cima del Thabor:

— *¿A qué volver á la ciudad, Maestro? Estamos bien aquí.*

Sólo una capilla profusamente iluminada, dejaba escapar brillante foco de claridad, que se extendía en el marmóreo pavimento: venerábase en ella una imagen de la Virgen

que inspiraba suma devoción; y la piedad de los fieles mostrábase generosa en adornar y embellecer su altar; á pesar de la crudeza del tiempo, gran cantidad de olorosas flores, formaban perfumado trono á la rosa de Nazareth, y llenaban el ambiente de penetrantes aromas.

De pronto el áspero ruido de unos gruesos zapatos, que parecían arrastrarse sobre las baldosas, despertó los dormidos ecos é hizo volver la cabeza á los escasos devotos que permanecían entregados á sus piadosas oraciones.

Un niño de apenas cinco años atravesó ligero como una flecha en dirección á la capilla de la Virgen; caíale en rizos hasta los hombros la rubia cabellera y llevaba en la mano boina de paño negro; algunos copos de nieve blanqueaban sobre su blusita de color obscuro; al llegar al radio de luz, avanzó hasta la dorada verja colocada delante del altar, y una vez allí, cruzó las manecitas amaratadas por el frío, levantó hacia la imagen sus ojos azules como el cielo, y exclamó en un amarguísimo sollozo:

—¡Yo os saludo, María, Madre de Dios!
Guardó luego silencio, esperando sin duda que la Virgen le respondiera, pero viéndola muda y sonriente, continuó:

— Soy Esteban, el niño Esteban, que vive en la calle de Santa María, número 13, sotabanco de la izquierda. Vengo á visitaros todos los domingos con mamá, y ella me ha dicho que escuchais siempre á los que os ruegan y que veis desde el cielo todo lo que pasa en la tierra; pero estoy seguro que hace dos días, la nieve que cae os ha impedido mirar del lado de nuestra casa, y así no sabeis lo que sucede en ella.

Pasó la manga de su blusa por los ojos para enjugarse las lágrimas, dió un suspiro y prosiguió:

— Tengo una pena muy grande... mamá ha salido y nadie quiere decirme donde fué... Anteayer cosió todo el día como de costumbre; yo le enhebraba las agujas y ella me contaba historias muy bonitas... Decíame que si era juicioso, vuestro Niño que es Dios, vendría á visitarme esta noche, y que

entraría por la ventana para dejar en mis zapatos juguetes, bombones de rosa y pastillas de chocolate. ¡Qué contento me puse al oírla! Por la noche mamá me acostó temprano, por que no había aceite en la lámpara, y me dormí arrullado por sus canciones... Pero cuando desperté era ya tarde, el sol entraba en nuestro cuarto, y, sin embargo, mamá no se había levantado... La llamé y no respondió: salté solo de la cama y fui á tomarle una mano que pendía al lado... ¡la tenía fria como una piedra!... Quise abrirla bajo el cobertor como ella hacía conmigo, pero no pude doblarla... Me subí sobre el lecho, y vi á mamá dormida con la boca entreabierta, pero blanca... tan blanca que no parecía ella... Volví á llamarla á gritos, y tampoco despertó.... Entonces tuve miedo y corrí á buscar á los vecinos... todos se habían marchado al trabajo, y las puertas de sus habitaciones se hallaban cerradas... Sólo quedaba Matea, la anciana traperera del patio interior; cuando vió como estaba mamá, me miró de alto á bajo y me dijo:

— Mocito, hace falta que vengas conmigo á casa del inspector de policía.

Yo le dije que no iba... los hombres malos son los que tienen que ver á la justicia. Me abracé á la cama de mi madre y no consentí en separarme de ella... Matea salió y volvió poco después con dos señores que miraron primero á mamá, después nuestro cuarto, y por último me preguntaron, si tenía padre, parientes ó amigos.

— No, no, respondí; no tengo más que á mamá... ¡Despertadla por Dios! ¡me da miedo un sueño tan pesado!

Los señores no me respondieron, Virgen Santa; hablaban bajo entre sí y luego con la traperera... Pero abrieron todos los cajones de la cómoda y leyeron cuantos papeles encontraron. Luego el más alto dijo al otro:

— Vamos á concluir con la madre, y después nos ocuparemos del chico.

Y dirigiéndose á nuestra vecina, añadió:

— ¿ Os quedaréis aquí?

— Sí, señor, respondió Matea; cuidaré de los dos.

Los señores salieron con ella y me quedé soló al lado de mamá; ya no tenía miedo y apretaba su mano entre las mías para calentarla; pero se me helaban y nada conseguía. Matea volvió pronto; traía dos velas, púsolas á los lados del lecho y las encendió... Yo le dije que era de día, y que cuando mamá despertara se iba á enfadar... Sin atenderme, se sentó en una silla y me mando rezar y callar... Estuve mucho tiempo sin moverme; después empecé á llorar de hambre, y entonces la anciana me dió pan, queso y un racimo de uvas... Llegó la noche... mamá seguía dormida y yo me caía de sueño... Cuando desperté esta mañana me encontré en el obscuro y sucio cuarto de Matea; acostado sobre un montón de harapos y tiritando de frío... Grité llamando á mamá todo el tiempo que pude, porque tenía miedo otra vez... un miedo muy grande de estar solo... pero nadie me respondió... Quise salir, y hallé la puerta cerrada... En fin, tarde, muy tarde, ahora poco, volvió Matea acompañada del

caballero alto y se pusieron á hablar... Como no se ocupaban de mí, me deslicé fuera y corrí á nuestra habitación... la cama estaba deshecha pero mamá no parecía... dos hombres pegaban tiritas de papel sobre los cajones de la cómoda y la puerta del armario... Les pregunté donde habían llevado á mamá, y me dijeron que al cementerio, porque estaba muerta... ¿Qué es morirse? ¿Dónde está el cementerio? No lo sé, y ellos no han querido decírmelo... ¿Si tenían cara de malos!

Y levantando su rostro angustiado y bañado en lágrimas, hacia la imagen de la Virgen, añadió:

— Vos, Madrecita, que sois buena, decidme dónde hay que ir para encontrar á mamá. No he querido quedarme con Matea, y me he escapado para venir á buscaros... ¿Me oís, María, Madre de Dios?

— Sí te oye, hijo mío, murmuró una voz argentina á espaldas del afligido niño.

Volvióse éste rápidamente y vió una señora vestida de luto, arrodillada detrás de él, que le sonreía dulcemente, y cuyos ojos estaban llenos

de lágrimas: tenía la cara muy hermosa y la voz tan dulce, que llegaba al corazón.

— ¿No te doy miedo? le preguntó.

— ¡Oh! ¡no, señora! respondió Esteban.

Mas aferrado á su idea fija, mostró á la señora la imagen de la Virgen y preguntó á su vez:

— ¿Si me oye, por qué no contesta á lo que le digo?

— Porque me está hablando á mí.

— ¿Y qué os dice?

— Que es preciso que te quiera mucho y reemplace á tu madre, que como el hijo mío, ha partido para el gran viaje de la eternidad.

— ¿Y cuándo volverán de ese viaje?

— Nunca; nosotros somos los que iremos á reunirnos á ellos, cuando sea la voluntad de Dios.

— Entonces pronto, pronto, señora....

— Ya te lo he dicho; cuando Dios quiera... entretanto ven conmigo... te consolaré y me consolarás.

Y apretando al niño contra su palpitante

pecho, levantó sus llorosos ojos hacia la imagen, que parecía sonreírles, y murmuró sollozando:

— ¡María, Madre de Dios, consoladora de afligidos! Os prometo educarle y hacerle hijo de mi corazón, ya que plugo al Señor llamar á Sí al hijo de mis entrañas. ¡Que su voluntad se cumpla y la vuestra también!

Después, levántandose tomó á Esteban de la mano, cruzó el templo, salió á la calle y le condujo hasta un hermoso carruaje que aguardaba y que arrancó ligero como el viento, llevándose á la generosa madre y al hijo de adopción.



Conversación.

Era una hermosa mañana de otoño, templada como de agradable primavera; el campo cubierto de musgo, verde y brillante por recientes lluvias, convidaba á disfrutar de él; y, sin embargo, la extensa alameda de olmos y acacias se hallaba desierta. Aunque contenta en aquella soledad, preguntábame el motivo de haber tan pocas personas de mi opinión, respecto á la conveniencia de los paseos matinales, cuando vi dos señoras que se adelantaban, viniendo cada cual por un extremo opuesto, llegando á encontrarse precisamente delante del banco de piedra donde hacía buen rato que yo descansaba. La frondosa vegetación que al rededor de él crecía, formaba como una cortina de verdor que les impedía verme;

en cambio yo las distinguía perfectamente, y escuché sin perder palabra la conversación que se entabló entre ellas.

— Es la primera vez que nos reunimos, señora, dijo una; pero siempre he oído asegurar que hay entre nosotras grandísimo parecido.

— Cuando lo afirman debe de ser verdad; repuso la otra sonriendo.

— Sin embargo, nada más fácil de equivocarse que la opinión pública, y por lo mismo tendría gran placer en que de una manera indudable, se probaran las analogías que existen entre nosotras; porque... perdonadme que os lo diga, si tales analogías existieran realmente, seríamos *una* y no *dos*, y ni á mí me llamarían *Dignidad*, ni á vos darían el nombre de *Vanidad*.

— Designaciones tan sutiles nada prueban; en cuanto á mí puedo afirmar que cuanto más os miro, más me convenzo del extraordinario parecido que tenemos.

— Siento que no me sea posible decir otro tanto, pues cuanto más os estudio, más

ségura estoy de que solo observadores superficiales pueden confundirnos.

— ¿A quién elegiríamos para juzgar nuestro debate?

— A nadie: ¿quereis que lo juzguemos nosotras mismas?

— ¿De qué manera?

— Definiéndonos una y otra.

— Sea: dijo la Vanidad con una sonrisa, que me pareció algo cautelosa, y sin duda esta misma impresión tuvo su interlocutora, porque respondió con viveza:

— Pero con una condición, y es que hemos de hablar sinceramente; por mi parte, no tengo necesidad de asegurarlo; porque mi nombre es una garantía de la aversión que me inspiran el disimulo, la hipocresía ó la falsedad en los asuntos que trato. Mas... no sé cómo indicaros sin faltar á la política que tengo costumbre de usar siempre.....

— Difícil debe de ser explicar lo que deseais.

— Muy difícil; y, sin embargo, precisa abordar francamente la cuestión. ¿Seréis tan sincera como yo?

La Vanidad miró al rededor suyo: nada turbaba el silencio y soledad de la alameda.

— Pues bien, sí; dijo con súbita resolución; estamos solas, y por lo mismo consiento en decir la verdad, y hasta la verdad tan clara como jamás ha salido de labios de mujer; para ello voy á empezar por quitarme la careta, que en ocasiones pesa como si fuera de plomo.

Y con un brusco ademán se pasó las manos por el rostro, como si, efectivamente, quisiera arrancarse una máscara que la sofocara; la transformación que sufrió fue tal, que no pude menos de estremecerme; cuando poco antes apareció ante mí, mostraba un aire grave, alta la frente, medio cerrados los ojos y en su boca una sonrisa protectora, formando todo el conjunto, como la caricatura de una persona que quisiera imponerse á las demás: ahora sus facciones solo tenían una expresión baja, vulgar y violenta, que preciso es confesarlo, correspondía perfectamente á los sentimientos que parecían animarla.

La Dignidad la contemplaba pensativa.

— ¿Qué?, dijo vivamente la Vanidad, ¿no habláis?

— Espero que lo hagais vos, para indicaros los puntos en que nos diferenciamos. ¿Cuál es vuestra principal aspiración, vuestro deseo más ardiente, vuestro *ideal*?

— ¿Mi ideal? No os comprendo.

— Para que me comprendais, es preciso que hable en vuestro lenguaje: ¿qué anhelais en el mundo?

— Brillar, dominar, deslumbrar... aplastar á mis semejantes; verlos siempre contra la tierra, y manifestarme generosa sólo no hollándolos con mis pies; cruzar la tierra entre dos filas de frentes inclinadas ante mi grandeza y superioridad; hacer confesar á todos en cualquier circunstancia, que el destino y la naturaleza me han dotado de cuantos privilegios ha dotado á las demás criaturas.

— Ved ahí lo que basta para establecer las diferencias, que entre nosotras existen; yo no quiero brillar humillando á mi prójimo, porque si bien es verdad que no considero á nadie superior á mí, tampoco lo creo infe-

rior. La pretensión de *dominar* me parece una de esas extravagancias, que sólo pueden germinar en cerebros poco ilustrados.... En cuanto á *deslumbrar*, también lo gradúo de niñería, pues no se puede tener semejante pretensión, sino respecto á los tontos; y habreis de convenir conmigo, en que no merece tomarse con estos seres ni el trabajo de intentar. Lo de *aplastar* es, sin embargo, lo que peor efecto me hace, pues hasta la idea resulta repulsiva. Perdonadme si mi opinión no está conforme con la vuestra; pero abusar de ese modo de las personas, sería herir su *dignidad* y yo hago las dignidades de todos solidarias de la mía. Tampoco apruebo lo de caminar por la tierra entre dos filas de frentes inclinadas; por mi parte confieso que no hallaría en ello placer alguno; antes me causaría grave mortificación, pensar si los seres que dependieran de mí, fueran amigos, familia, servidores, me despreciarían lo bastante, para creer que su bajeza fuese para mí la prueba principal de una superioridad casi siempre falsa...

— ¿Cómo falsa?

— Porque nunca... nunca, oidme bien; podemos tener el convencimiento de nuestra superioridad. Para que exista realmente, la primera condición es que la ignore el que la tiene. Cuando no es así y manifestamos que nos apercebimos de ella, se desvanece y deja en su lugar una superioridad de cartón pintado, vestida de oropes y haciendo muecas para ensayar modales imponentes, que no engañan á nadie y dan lugar para que todos se burlen.

— Lo que decís son argucias de las cuales no debo hacer caso; quiero ser admirada, quiero que me tengan envidia...

— ¿Sois envidiosa?

— Lo ignoro; sólo sé que la estimación, atenciones ó distinciones que se manifiestan á otros, me hieren como agravios. Paréceme un robo que me hacen, un perjuicio que me causan, y cuando trato de impedirlo ó repararlo, uso de un derecho que juzgo indiscutible. Yo merezco antes que nadie los obsequios y consideraciones.

— ¿Y amistad?..

— No existe; es una palabra, nada más; procuro, sin embargo, tener gran número de amigos, porque unos me sirven y yo me sirvo de otros para ensalzar mis glorias. Las amistades, particularmente antiguas, son diplomas que honran al individuo.

— Me parece que vuestro propósito de ser sincera, os lleva demasiado lejos. ¿Es posible que no tengais amigos, á los que ameis tiernamente?

— No, pero afirmo amarlos, y, en realidad, es como si los amase.

— ¿Puede existir semejante indiferencia? ¿No sentís sus pesares, ni procurais remediar los males que les abruma?

— ¡Yo! Ni por pienso. Y, sin embargo, en ocasiones hago alardes de abnegación; pero ha de haber testigos que á voz en cuello, publiquen mis *nobles* y *elevados* sentimientos.

— Y con los que os prestan ayuda en vuestras empresas, os manifiestan simpatías y se esmeran en complaceros, ¿no haceis alguna excepción, y os considerais por lo mismo obli-

gada á corresponder, al menos con una gratitud sincera?

— No; y os daré las razones que tengo para ello; si me han demostrado simpatía, es por que veían la superioridad de mis cualidades y se honraban con mostrarse á mi lado; si en ocasiones han prestado favor á mis empresas y procurado complacerme cuando deseaba algo, como lo hacían movidos por el impulso que dicha simpatía les inspiraba, claro está que bastante paga reciben con la satisfacción que esto les produce.

— ¿De modo que esquivais hasta la gratitud?

— Siempre me ha parecido tal sentimiento un poco humillante; así no extrañareis que trate de evitarlo: esto no impide que lo manifieste con grandes extremos cuando puede valerme algo; pero aun así, la gratitud me hiere y la aborrezco, porque crea derechos al favorecedor sobre el favorecido.

— No creo que la gratitud pueda ser penosa, si no cuando se exigen complacencias serviles, en cambio de los beneficios

prestados... Pero si el que hizo el bien lo olvida, ó procura disimular su importancia, ¿nada merece?

— Para mí, absolutamente nada.

— Al menos permitidme creer que no os son indiferentes los que os favorecen ú os aman.

— ¿Indiferentes? no por cierto; decid más bien que me son antipáticos y odiosos. ¿Olvidais que el recuerdo de los favores recibidos es una humillación para mí? Por esa circunstancia, cuando sucede algún percance á los apreciables sujetos á quienes debo algo, en vez de afligirme, confieso que me encanta; y si el percance resulta desgracia, aunque pague mi deuda á las conveniencias sociales, deplorando en altas voces los males que los agobian, en mi interior me complacen lo que no es decible. En fin ¿qué añadiré? Jamás pierdo la ocasión de ridiculizar á mis bienhechores, y me porto de modo que sus caracteres, costumbres, sentimientos y aspiraciones, aparezcan siempre bajo un prisma desfavorable.

— Adivinaba lo que decís, pero respondme á la tercera pregunta: vos que aspirais á *reinar*, á *dominar*, á no bajaros nunca del pedestal donde quereis estar elevada, ¿sois altiva en toda circunstancia y con todo el mundo?

La Vanidad sonrió.

— No lo soy; repuso con un mohín despreciativo; constituiría una necedad mayúscula y la comprendo hartó bien para comerla: sufro cuantas humillaciones pueden sufrirse, cuando se trata de aquellos que en mi opinión están en el caso de prestarme un poco del brillo y esplendor que aunque ficticio les rodea. Tengo para ellos tesoros de indulgencia, y mi paciencia y humildad son inagotables. Basta decir que aun cuando me hollaran bajo sus pies, no me quejaría... ¡Pero desgraciados aquellos de quienes no tengo nada que esperar!.. Estos pagan por los otros... ¡Desgraciados los que antes de reconocer la superioridad de que quiero hallarme investida, tratan de examinar mis títulos á ella!.. ¡Desgraciados los que no se

deslumbran al verme; aquellos á quienes mis encantos no seducen, los que no me adoran y prefieren á todo lo demás!.. ¡Desgraciados los que adivinan mis supercherías, reconocen mis engaños y ven claro quién soy!.. He concluido, señora, hablad vos.

— Resumiré en breves frases lo que debo deciros para corresponder á vuestra sincera confesión. Mis sentimientos y por consecuencia mis actos, son precisamente lo contrario de los vuestros: porque procuro ponerme al nivel de mis prójimos y darles el lugar que yo deseo me den. Esto significa que considero iguales á mí, lo mismo los de humilde condición que los encumbrados por la fortuna, siempre que sostengan honradamente su posición. En vez de buscar *reflejos* ajenos para adquirir *brillo* propio, trato de velar con prudencia si alguna cualidad mía resulta ventajosa, para no humillar al que carece de ella. En cuanto á la gratitud que considerais como un sentimiento desagradable y penoso, constituye para mí una fuente de purísimos y celestiales goces. Si os mortifica,

es por la repugnancia que os produce la pretendida superioridad que adquiere sobre vos la persona que os presta algún servicio, cuando tan fácilmente podéis aventajarle guardando con fidelidad el recuerdo de su buena acción; por que, desengañaos señora, así como el bienhechor debe olvidar los favores que hizo, el que los recibe tiene el deber de conservarlos siempre en la memoria.

Vuestra principal preocupación es lo que se os *debe*; la mía lo que *debo*.

Cuidais sobre todo de las apariencias y procurais manifestar nobles cualidades, por que os atraigan la estimación general; yo quiero que estas cualidades existan realmente, ya sean admiradas ó desconocidas por los demás.

Cuando sondeais vuestra conciencia, os importa poco tener que despreciaros... yo quiero antes que nada estimarme á *mí misma*; convenciéndome después de examinar los móviles de mis acciones, que ninguno es bajo, hipócrita ni ruín. En cuanto á la superioridad moral de que anhelaís gozar los provechos,

sin hacer ningún esfuerzo generoso para conseguirlo, sabed que yo los hago solo por la satisfacción que me procuran y no por los elogios que me son indiferentes, puesto que tengo el íntimo convencimiento de que cumplo mi deber; para concluir, os diré que la *Dignidad* es igual en todas las criaturas, por más que haya algunas que no tienen bastante elevación de alma para sentirla: en cambio la *Vanidad* infla muchos espíritus, aunque los mismos que, hidrópicos de ella, se presentan en la escena de la vida, comprendan la inferioridad y el ridículo á que se exponen.

La aludida empezó á reir á carcajadas.

— Es muy gracioso lo que decis, exclamó, pero no creais que modifique en nada mi manera de ser. Soy la primera en confesar que valgo bien poco, lo cual no impide que tenga innumerables prosélitos.

— Ignorancia pura.

— Ignorancia ó no, el hecho es que la mayoría de los seres creados son *fantoques* que manejo á mi gusto y presento como quiero.

— No os figuréis que son tantos, y reconoced conmigo, que vuestro yugo es demasiado humillante, para que nadie sensato pueda sufrirlo mucho tiempo.

— Sois una inocente si creéis tal cosa: ¿quién ha visto á un vanidoso que se conozca, ni caso de conocerse se arrepienta de serlo? Además, si hubiera sensatez yo no existiría porque nada es bastante para justificar mi soberanía entre las gentes; y, sin embargo, aunque se declame continuamente contra ella, la *Vanidad* constituirá hasta el fin del mundo una enfermedad de espíritu, incurable.

— ¿Qué importa? al fin sereis descubierta y juzgada.

— Os equivocais; jamás sabrán juzgarme como debieran, y éste es el primer elemento de mis triunfos.

— A pesar vuestro, la *Dignidad* ocupará el lugar que le corresponde.

— Ya os desengañaréis de que no; las criaturas se inclinan más de mi lado que del vuestro, y la mayor parte de las veces el que se figura que es *digno*, no es más que un *vanidoso* de marca mayor.

— Desgraciadamente tenéis razón; pero sabed desde ahora que haré cuanto sea posible por que distingan nuestras personalidades, hasta los más ignorantes.

— Hacedlo en buen hora; pero os advierto, en confianza, que perdereis el tiempo lastimosamente. La humanidad no tendrá nunca ilustración bastante para distinguirnos.

— Allá veremos; entretanto estoy segura que no volveremos á encontrarnos en la senda de la vida, porque siempre hemos de seguir caminos opuestos.

Diciendo así, se saludaron profundamente y marcharon cada una en sentido contrario de la otra.

Las miré alejarse en silencio, y no separé de ellas los ojos hasta que las vi perderse al final de la alameda. Después, reflexionando en lo que acababa de oír, transcribí el diálogo, segura de que desde hoy en adelante, convencidos ya de lo que vale cada una por sí, no confundirán los lectores á la noble *Dignidad* con la despreciable y ridícula *Vanidad*.



Pelusa.

Aunque la traviesa hada que le perseguía para castigar sus malos instintos, le hubiera hecho sufrir tantas transformaciones que parecía natural no asombrarse ya de nada, Juanito se sorprendió mucho al encontrarse de pronto acurrucado sobre la alfombra del cuarto de estudio de mistress Smith, la institutriz de su hermana. Miró delante de sí y vió dos patitas blancas, sobre las que apoyaba la cabeza, y al querer lanzar una exclamación, en vez de sílabas dejó escapar un *miau* dulce y lastimero. Doblemente espantado, empezó á correr y á dar vueltas en redondo á la habitación: nada más ágil ni suave que sus movimientos; y, sin embargo, nada más humillante, ni por desgracia más